

por Ramón Díaz

## Higiene de los ideales

Esta serie de artículos, sea su mérito intrínseco el que fuere, ha tenido la virtud incuestionable de suscitar dos cartas

### Director Responsable:

Ramón Díaz

### Editor:

Daniel Arbilla

### Directores:

Ramón Díaz, Manfredo Cikato, Pablo Fossati, Ramiro Rodríguez Vilamil y Daniel Arbilla.

**Columnistas:** Daniel Gianelli (política) y Ricardo Peirano y Jorge Caumont (economía).

**Secretario de Redacción:** Miguel Arregui.

**Información política:** Gerardo Marrera, Claudio Paolillo, y Alejandro Nogueira. **Información económica:** Elraín Mannis. **Información extranjera:** Javier de Haedo (coordinador) y Alejandro Echegorry. **Información nacionales:** Claudio Romanoff, Alvaro Gómez y Alvaro Amoretti. **Información internacional:** servicios de DPA y ANSA. **Cultura y deportes:** Sergio Lacuesta (coordinador), Rodolfo Fattorusso y Barret Puig (columnistas), Milton Fornaro (libros) y Jorge Castro Vega (teatro). Alvaro Sanjurjo Toucan (cine), Enrique Hetzel (jazz). **Música:** Jean Richerd. **Deportes:** Mauricio Fernández Reyes. **Columnistas:** Juan Carlos Paulier (fútbol) y Arsenio Motolko (tenis). **Humor:** Kid Grages y Aldo Cammarota. **Cartógrafo:** Arturo. **Fotografías:** Milton Ces. **Diagramas:** Nelson García Serra. **Correspondiente Argentina:** Félix Carreras. Columnista: José Pedro Ortiz. **Administración:** Alfredo Bianchi Varela.

**Bienvenida** es una revista semanal miembro de la Sociedad Interamericana de Prensa. Está inscripta en la Dirección de Industrias con la matrícula N° 2079. Con domicilio en Av. Uruguay 1023, teléfonos 906435, 906376, 906337 y 905664. Montevideo, Uruguay. Las opiniones vertidas en los artículos son de exclusiva responsabilidad de los autores. Precio de venta: NS 90. Impreso en Talleres Gráficos de Impresora Polo Ltda. D.L. N° 40.172. Distribución: Papacito.

excelentes de lectores de **Bienvenida**, tituladas por ésta: "¿Qué es la religión?" y "De religión y religiones", que respectivamente aparecieron el 10 y 24 de abril, y que firman Gerardo Echavarren y José Buletti.

Tenía desde un principio la intención de dedicar un artículo o dos centralmente al tema de la religión y las ideologías en apariencia económico-políticas, y específicamente del marxismo. Ahora, gracias al Sr. Echavarren y al Sr. Buletti, me embarco en la empresa con redoblado entusiasmo, sintiéndome en diálogo con ellos, estimulado por imaginar entre el público a tan calificados interlocutores, si bien, a la vez — humilde economista metido a la fuerza por un daimon travieso, en honduras filosóficas y teológicas — un tanto intimidado por ello.

No puedo partir en este viaje sin munirme de una idea acerca de qué pueda significar la palabra **religión**. En este artículo entenderé que ella sirve para referirse a las respuestas que el hombre ha formulado a la pregunta que semipermanentemente le acosa sobre el sentido de su existencia. Definiré asimismo el **ateísmo** como la respuesta negativa a esa pregunta: la negación de que la existencia humana tenga sentido.

Voy a esbozar una concepción atea del mundo y de la vida, como término de referencia.

El universo está compuesto únicamente por materia, y ésta se compone de partículas do-

tadas de propiedades determinadas, moviéndose el azar en el espacio. La materia es eterna. El mundo tal como lo conocemos refleja una configuración determinada de las partículas de materia en el espacio. El mundo tal como podemos imaginario hace un millón de años correspondía a una configuración diferente. El futuro separará otras configuraciones, y otros mundos. Una cierta configuración consistió en cierto momento en una concentración de toda la materia, provista entonces de una enorme densidad, en un espacio relativamente restringido. Alcanzado cierto límite en esa densidad —y siendo materia y energía sólo dos nombres de una misma cosa— se generó una inconcebible explosión, y las partículas se pusieron a volar por las inmensidades, a chocar entre sí, a atraerse y repelerse según sus cargas eléctricas, a combinarse, en una secuencia inimaginable de permutaciones. Un buen día —es un decir— en un rincón del universo se formó algo que, si hubiésemos estado allí para verlo, habríamos reconocido como el sistema solar. Habría surgido éste de otra explosión —esta pequeña, se entiende, en la escala cósmica— y uno de los fragmentos captados por la fuerza gravitacional del foco central, antes de que se perdiera en las infinitades del espacio, pedrusco ése en el que pasamos a concentrar nuestra atención, había comenzado a enfriarse. Ya se estaban con-

citando las partículas en átomos mayores —mientras que en el centro sólo el hidrógeno y el helio eran capaces de sostener las temperaturas reinantes— y, con el andar del tiempo, los mismos átomos se encontraron en combinaciones reciprocas para formar moléculas. Con mayor andar del tiempo aún —el azar no se cansa, y los millones de años son para él como un día— una molécula particularmente grande y compleja llegaría a configurarse. Nuestros químicos de hoy la reconocen como una molécula proteínica. Y de ahí estaríamos sólamente a un paso —paso corto, por más que misterioso para nuestro grado actual de comprensión— de la aparición de la vida sobre aquella bola a la sazón cubierta de agua, que no cesaba de girar y girar en torno al igneo centro, como si quisiera aprovechar desde todos los ángulos la prodigiosa energía que aquél irradiaba, para usarla en su nueva clase de experimentos.

Una vez que tenemos la primera amiba, capaz de responder a las exitaciones del medio alargando o retrayendo sus seudópodos, ya todo es coser y cantar. La evolución ya está en marcha, y podemos remitirnos a Charles Darwin. Eventualmente tendremos al **homo sapiens** sobre el planeta, el cual llevará en lo sucesivo un nombre, lo mismo que el centro focal del sistema.

Pero **tierra y sol** son palabras, y las palabras implican el concepto, y el concepto la con-

ciencia capaz de pensarlo. Atravesada ya la relativamente apacible extensión darwiniana, regresamos en una zona de turbulencias. Favor ajustarse los cinturones intelectuales.

Este curioso bipedo implícito no sólo hablaba, sino que también insistía en preguntarse cosas. Por ejemplo, qué debía hacer, y qué estaba bien y qué estaba mal en sus actos y los de sus congéneres. Y las tales preguntas implicaban que el **tal sapiens** tenía la osadía de considerar que él mismo era libre. Es decir, como ya alguien ha dicho, **libre para elegir**. Es preciso suponer que todo lo que había acontecido antes —digamos a partir de la cósmica explosión ya mencionada— era el fruto del azar y de las propiedades de la materia. Y aun lo del azar es questionable. Recuérdese el fragmento de Laplace que se transcribió **in extenso** dos artículos atrás en esta serie: Una mente suficientemente amplia e informada podría englobar en ecuaciones el movimiento de todos los cuerpos celestes y de todas las partículas subatómicas, y entonces "nada para ella sería incierto(y) el futuro y el pasado se desplegarían de igual manera ante sus ojos."

Vale decir que el determinismo sería total, y que el resquicio para que la libertad se infiltrase en el sistema, nulo. Entonces, sobre la conducta de **sapiens**, ¿qué pensar? Ortega y Gasset cita una conferencia de un fisiólogo llamado

Loeb sobre los tropismos, vale decir, los movimientos elementales de las plantas y los animales que se sitúa en los primeros peldaños de la escala zoológica, como el estirarse y encogerse los elementales brazos de la amiba. Y decía, al concluir su explicación, el Sr. Loeb: "Llegará el tiempo en que lo que hoy llamamos actos morales del hombre se expliquen sencillamente como tropismos" (*Historia como sistema*, p. 18). Presumo que los instintos pertenecen a la misma familia de los tropismos, de modo que Sigmund Freud tal vez pueda tomar la posta de manos de Charles Darwin.

¿Y la conciencia, entonces? Un resplandor engañoso, un espejismo; en realidad, un epifenómeno. ¿Y Dios? La misma clase de ilusión. Como todo lo sublime, todo lo luminoso. **Sapiens** se ha pasado exaltando con monumentos y cánticos cosas que no existen: Los Salmos de David y los poemas de San Juan de la Cruz, Chartres y la Misa en Si menor, el Cristo de Velázquez y la Crucifixión de Matías Grünewald, ¿qué otra cosa son que muestras o testimonios de la credulidad humana?

Con el tiempo, la conciencia, ese puro instrumento desarrollado a partir de los tropismos, arriba el estadio de la auto-comprensión. **Sapiens** se convence por fin de lo que es, de su esencial animalidad, de la vanidad de toda metafísica y toda religión.

¿Y el futuro? Permitaseme dar un salto de algunos miles de millones de años, para retomar luego el hilo de esta especulación más cerca de nuestro tiempo.

Eventualmente, el sol se

(pasa a pág. 38)

# Higiene de los ideales

(viene de pág. 2)

cansará de suministrar energía gratis al sistema y, agotada su provisión de hidrógeno, comenzará a enfriarse. Antes de mucho, ello implicará el fin de la vida sobre la tierra. Este proceso formará parte de uno más general, que está en progreso desde la explosión primigenia, tendiente a la distribución pareja de la energía por todo el universo (entropía). Este universo inerte propiciará, sin embargo una concentración de la materia, merced al dominio de las fuerzas gravitacionales, en un espacio relativamente reducido, a una densidad inimaginable. Hasta que, alcanzado cierto límite, una nueva explosión portentosa lanzará las miradas de partículas en su danza loca por el cosmos...

¿Cuántas veces ha ocurrido, o recurrido, esta secuencia? Sin duda —puesto que la materia es eterna y no ha tenido por tanto principio— infinito número de veces. En infinitas veces se repetirá de aquí en adelante.

El contenido de la historia a partir de cierto punto, en cuanto depende de las configuraciones de partículas materiales, en cuanto el mundo de la cultura es en gran medida ilusorio, y ciertamente no auto-

suficiente, resulta estrictamente impredecible. Como consuelo, sin embargo, cabe señalar que toda predicción que formulemos, con tal que se asocie a una configuración de partículas a la que corresponda una probabilidad no nula, va a cumplirse con certeza. ¿Cuándo? Pues, de aquí a la eternidad, en algún momento.

En la teodicea de Leibnitz se sostiene que el mundo real es el mejor de los mundos posibles. En una cosmología materialista rigurosa es preciso sostener que todos los mundos posibles son reales. Además la cantidad de veces que cada mundo posible se hace sucesivamente real es infinita: el lector ya ha estado leyendo este mismo artículo en **Búsqueda** infinitas veces y le quedan otras tantas veces por delante para leerlo de nuevo. Al mismo tiempo una proposición como la de Leibnitz, sobre el valor de mundo, se vuelve sin sentido a propósito del cosmos materialista: lo mismo que de fin y de principio, éste está desnudo de valor.

Esta clase de concepción es sumamente rara, prácticamente intolerable para una mente normal. Casi siempre quienes se dicen ateos introducen un principio espiritual que otorga sentido a su visión. El caso del

marxismo es transparente.

En algunos momentos el materialismo de la doctrina se acerca al rigor. En el cierre de la **Dialectica de la naturaleza**, Engels escribe: "... tenemos la certeza de que la materia será eternamente la misma en todas sus transformaciones, de que ninguno de sus atributos puede jamás perderse, y que por ello, con la misma necesidad férrea con que ha de exterminar en la Tierra su creación superior, la mente pensante, ha de volver a crearla en algún otro sitio".

Noten que la frase "infinitas veces" está elíptica en el final de este pasaje, pues se deriva inequivocamente de la eternidad de la materia. Pero en este universo que tampoco tiene fin ni principio, el marxismo inyecta valor y sentido, mediante una enorme operación de exclusión o simplificación, según la cual, de todos los mundos posibles, sólo adquiere realidad uno, que es un es, o mejor, termina siendo, un mundo feliz, y cuya concreción está asegurada por el principio que rige la historia, la **dialectica materialista**. Esta es la que guía la nave de la historia por rutas seguras hacia el **millennium comunista**, dejando atrás las tribulaciones de un viaje penoso pero fugaz, para surcar des-

pues aguas tranquilas y ventosas por los siglos de los siglos... Es claro, sólo hasta el fin cierto de la vida sobre la Tierra, pero con la certeza de que el mismo mundo feliz va a encarnarse luego en otro lugar.

El carácter religioso de esa concepción es indudable, lo mismo que el papel supremo atribuido en ella a la dialéctica materialista. "Marx ha puesto la Diosa **necesidad histórica** en el lugar de Yawch como deidad onnipotente" escribe Toynbee (**A Study of History**, vol. V, P. 178). Habría que recordar aquí que la literatura marxista usa el término "materialista" en este contexto en un sentido totalmente distinto al que le da Engels en el ensayo más arriba citado. No tiene que ver con la materia, sino con la determinación de la cultura por las formas de producción. En realidad una conciliación del materialismo **sensu stricto** con esta visión de la historia, seguramente enderezada hacia el Reino mesiánico de libertad y justicia perfectas, no sólo nunca se ha intentado, sino que no es siquiera imaginable.

Sin duda es como religión que el marxismo compite con otras ideologías. También, de allí, como veremos, proviene gran parte de su fuerza.